

Prólogo de Loreto Urraca Luque para Plomo y gualda

Plomo y gualda tenían los cielos, con fulgores de maravilla.... Así evoca Manuel Azaña una tarde que amenazaba tormenta, cuando el sol se hundía en el ocaso. Ya muy enfermo, Azaña recuerda su juventud, y cómo durante un viaje a caballo por la montaña, con su añorado hermano, se vieron sorprendidos por la inclemente lluvia y no encontraron dónde guarecerse.

Quien escucha al prolífico escritor y preclaro político es Luis Ignacio Rodríguez Taboada, orgulloso de proteger al presidente de la República de la tormenta fascista que le persigue en el exilio. Consciente de la singularidad del momento y fascinado por la capacidad creativa de una vida que se extingue, el embajador mexicano en Francia consigna en su diario la última conversación que tuvo con el presidente todavía lúcido. Gracias a sus memorias, hoy podemos conocer con detalle la enconada persecución a la que Franco sometió a Azaña hasta su lecho de muerte, llevada a cabo por un agente de policía, Pedro Urraca Rendueles, mi infame abuelo.

Tras exiliarse en Francia, Azaña dimite como presidente de la República el 28 de febrero de 1939, el mismo día que Reino Unido y Francia reconocen al gobierno de Franco. Se aparta totalmente de la política y se centra en rehacer su vida y recuperar su actividad literaria. Sin embargo, no se imagina que la inclemencia del nuevo gobierno será tal que vendrá a atosigarle en su retiro.

En junio de 1940, Alemania invade Francia y la divide en zonas. La vertiente atlántica o “zona ocupada”, es administrada por los alemanes, y en la vertiente mediterránea o “zona no ocupada”, se instaura un gobierno títere presidido por el mariscal Philippe Pétain. Tras la rendición de Francia, el destino de los miles de exiliados republicanos queda en manos del albedrío fascista y comienza “la caza al rojo”. La estrecha colaboración entre los servicios de policía franquistas, franceses y alemanes permite a los primeros aprovecharse de la caótica situación inicial para solicitar a los nazis la captura de sus enemigos en territorio francés. Con total impunidad.

En la zona ocupada, gracias a las indicaciones del agente Urraca, varios dirigentes políticos son apresados por los nazis. Lluís Companys, Juan Cruz Salido, Julián Zugazagoitia son directamente conducidos a España donde serán ejecutados. La familia de Azaña, niños incluidos, es arrestada el 10 de julio de 1940 en su domicilio de Pyla-sur-Mer y su cuñado Cipriano Rivas Cheriff también es entregado a España. Al presidente, que había huido dos días antes hacia la zona no ocupada, se le desgarró el corazón cuando recibe la noticia en Montauban. Pero Azaña tampoco está a salvo en la zona no ocupada, ya que la policía francesa detiene a otros políticos republicanos como Francisco Largo Caballero, Federica Montseny o Manuel Portela Valladares.

México es el único país que se compadece de los exiliados y su presidente, Lázaro Cárdenas, nombra a Rodríguez ministro plenipotenciario, para que negocie con el presidente Pétain la evacuación a México de los republicanos. Pétain acepta con alivio desembarazarse de quienes considera unos indeseables y una Comisión franco-mexicana empieza a organizar la migración de los exiliados que se encontraban en la Francia no ocupada, incluyendo las colonias de Argel y Marruecos, a unos 3.000 brigadistas internacionales y a sefarditas e intelectuales alemanes perseguidos por los nazis. En total, se beneficiaron del asilo en México unas 100.000 personas y no pudieron ser más por las numerosas vicisitudes de la guerra, que entorpecieron los embarques y por el excesivo celo policial, que llevó a muchos españoles, primero a las prisiones francesas y luego a los campos de concentración alemanes.

Ante el inminente peligro de que también capturen a Azaña, el embajador mexicano protege al presidente convirtiendo el hotel donde se aloja en su legación diplomática. Ahogado por la angustia y toda esperanza perdida, Azaña vivirá sus últimos días encerrado en una habitación

con la incertidumbre del destino de su cuñado y la certeza de estar constantemente vigilado por Urraca y sus secuaces, que montan guardia en el vestíbulo.

Me imagino la escena: un simple policía envalentonado por el apoyo que le ofrece la policía francesa, acechando la ocasión de prender a quien representa la legalidad democrática de la República moribunda, y me pregunto qué opinión tendría mi abuelo Urraca de Azaña. ¿Sería tan presuntuoso de querer jactarse de haber estado cerca del presidente de la República, aunque fuera para apresarlo? ¿O tan cruel que, sabiendo que estaba postrado en la cama, no cejó en su acoso? Lamentablemente, creo que era las dos cosas y me avergüenzo de ser la nieta de un ruin. Y esta actitud abyecta de funcionario servil personifica la vileza de Franco, que se venga de forma tan cobarde de quien le precedió en el puesto de jefe del Estado.

Asombra que esta inquina rencorosa contra Azaña padeciendo los estertores de la muerte sea aún muy desconocida. Durante la dictadura, los franquistas impusieron una losa de silencio que consiguió extirpar de la memoria colectiva todo el periodo de la República. De ello resultó la tremenda ignorancia que sufrimos las siguientes generaciones y durante la transición, no se recuperó su legado debidamente.

Por ello, la gran aportación de esta novela es ilustrar de forma amena, clara y concisa el trauma del exilio republicano y resaltar la importante labor humanitaria desempeñada por Rodríguez. La expresividad de los dibujos de Manuel Granell y la recreación de las escenas de Juanarete nos presentan unos personajes muy verosímiles, como el chivato de Urraca, que cobra vida y nos muestra los métodos realmente utilizados por el policía para convertirse en “los ojos de Franco en Francia”.

Hay etapas de la Historia que ponen a prueba el talante humano, momentos críticos de la vida en los que cada persona desvela sus sentimientos e impulsos más profundos, y en este relato vemos una de esas situaciones extremas, cuando en el exilio, en plena guerra, al borde de la muerte, la intervención de un valeroso hombre protege al indefenso Azaña de los dientes de hiena de Urraca y logra poner a salvo a tantos desdichados que ya no *arrastran su derrota por el mundo*.

Gracias a esta obra el lector comprenderá porqué Azaña yace en suelo francés, cubierto con las banderas mexicana y republicana. En su nota a Madrid, informando de la muerte del presidente, Urraca dice que el deseo del fallecido era ser enterrado en España. Sin embargo, creo que la tumba del presidente de la República en Montauban debe servirnos para recordar la impiedad del régimen franquista y para agradecer la generosidad del pueblo mexicano.